

## AGOSTO DE 1806. MIRANDA EN CORO

Carlos González Batista (\*)

No deja de ser llamativo el destino mirandino de Coro, destino que se forja tardíamente, a título reivindicatorio de una expedición y contra una reacción urbana que no pudo haber sido diferente. Entre la solicitud formulada por el Cabildo en 1812 para incorporar al escudo de la ciudad, y en uno de sus cuarteles, “el puerto de La Vela y anclada en él la escuadrilla de Miranda haciendo fuego a la fortaleza y parapeto del puerto, que le contestaba, en recuerdo del desembarco y consiguiente fracaso de Miranda”,<sup>1</sup> y la incorporación de una escena parecida, pero ahora como un homenaje a Miranda, en el escudo federal de 1863, se debate la ambigüedad histórica de Coro: el asumir y el rechazar a la vez lo que se es: “somos los que abandonamos la ciudad pero también los mismos que ahora permanecemos a la espera”, cuando sabemos que aquel silencio, que aquel vacío, permanecerá en la ciudad **de los Médanos** hasta el final de su historia. ¿Se puede reinterpretar aquel silencio, o disolver aquel hiato de la vida urbana en el fervor republicano posterior?. Siempre volvemos a una ciudad vacía entre el 3 y el 8 de agosto de 1806. Coro, la Coro real estaba por los montes con sus hombres y mujeres, sus ancianos y niños pasando los trabajos que son de imaginar para dejar en aquel lugar de tanta vida un silencio descomunal que sobrecogía a los mismos expedicionarios.

Los acontecimientos son en verdad de extraordinaria importancia, resumidos simbólicamente en la llegada de la bandera **colombiana**, pero también en el intento de hacer prender en el vecindario un patriotismo desconocido, o mejor dicho, en conferirle una inusitada dimensión política al sentimiento local de pertenencia a un **sitio**, de concebirlo sin España. En su célebre proclama del 3 de agosto Miranda ignora abierta y premeditadamente la existencia (para empezar, en Coro) de un patriotismo español cimentado localmente, la **patria**

---

(\*) Profesor UNEFM. Jefe del Centro de Investigaciones Históricas “Pedro Manuel Arcaya”.

1 P.M. Arcaya “Escudo de armas de Coro durante la Colonia”, reeditado en **Obra inédita y dispersa**, Tecno-Impresos, Coro, 1995, p. 68

solo sería concebible a partir de un deslinde radical con lo español. No era traer una bandera, sino promover la creación de una patria, inusitada para la mayoría. No sabemos en qué fuentes se basaba el **Precursor** para suponer que la opinión de Coro abogaba mayoritariamente por la Independencia, hasta el punto de haber decidido desde mucho antes invadir por Coro para tomar el país, tal como lo expresara en el plan que presentó al Ministerio inglés en 1801. La opinión pública era fatalmente adversa a la idea, sin excluir a la élite intelectual del momento. Lo que sí era estratégicamente correcto en aquel plan era considerar a la isla de Curazao como base de operaciones para tamaña aventura, tan próxima, tan relacionada con la Tierra Firme inmediata, tan guarnecida de suministros de todo tipo, inclusive bélicos, y que por si fuera poco había pasado a dominio inglés en 1800. Tal vez la reorientación del desembarco hacia las costas de Ocumare obedeció en el fondo a que la isla, entre 1803 y 1807 dejaría de estar en manos británicas. No debemos olvidar que en la citada Proclama el territorio venezolano se colocaba bajo “los auspicios y la protección” británica. Después del descalabro de Ocumare Miranda retomará parcialmente el proyecto original, tomó Coro, y tras su fracaso, se apodera de la isla de Aruba, que era como si la hubiese tomado Inglaterra,<sup>2</sup> de ahí el carácter de la otra Proclama fechada en aquella isla el 19 de agosto de 1806.<sup>3</sup> De hecho, el primer ejército al servicio de Colombia fue esencialmente un ejército anglosajón. Tal vez no advertía Miranda que el auspicio británico de su expedición constituía un fuerte handicap para sus planes en Tierra Firme, particularmente en Coro, agredida y amenazada por aquella potencia desde el mismo siglo XVI. Para Coro, Inglaterra siempre fue el **enemigo** por definición.

### Prolegómenos

El gobierno español estaba cabalmente informado de los planes de Miranda cuando menos desde el 12 de febrero de 1806, desde el momento en que el detallado informe del embajador de España en los EEUU, marqués de Casa Irujo fue remitido a las provincias españolas de la costa caribeña, donde llegó con lógica celeridad, hasta el punto de que ya en marzo se declara alarma militar en Coro.<sup>4</sup> Tal como hemos señalado, el proyecto, madurado largamen-

---

2 Vid. Johan Hartog, *Curacao / From colonial dependence to autonomy*, Aruba, 1968, p. 206.

3 Véase la importantísima obra de James Biggs, segundo teniente de la expedición mirandina, publicada por vez primera en 1808 y traducida por J. Nucete Sardi: James Biggs, *Historia del intento de Don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*, Avila Gráfica, aracas, 1950, p. 127.

4 Véase los documentos publicados en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° 37, Caracas, 1927, pp. 55-57.

te por el **precursor**, aparece claramente formulado en 1801, en el memorial remitido al ministro Addington, fechado en Londres el 24 de mayo de 1801, y que estipulaba erigir a Curazao, para entonces bajo el dominio inglés, en base operacional, y desde allí: “Con esas tropas y esas armas se desembarcará en Coro, sobre el Continente, tomando una ventajosa posición se atrincherará en campamento a la romana, que se guarnecerá con algunas piezas de artillería. La ciudad de Coro no tiene defensas, y **los habitantes [son] muy favorables a la Independencia**”.<sup>5</sup> Suponía Miranda por entonces poder reunir allí un ejército de 2000 hombres y 300 caballos, pasarían por San Felipe, Nirgua, y Valencia, duplicando sus fuerzas, hasta capturar la capital de la Capitanía General a través de los Valles de Aragua.

El cambio de soberanía en Curazao antes aludido y la necesidad práctica de acortar el proceso militar pudo haber inducido a Miranda a dirigirse al sector central de la costa venezolana, donde intentó desembarcar en Ocumare con el adverso resultado que es de sobra conocido. Ese fracaso pudo haberlo movido a retomar de alguna forma el proyecto de 1801. En Barbados y Trinidad obtendría fuerzas navales inglesas así como voluntarios que acrecentarían sus tropas, originalmente formadas en Nueva York. El escuadrón al decir de Biggs, estaba compuesto por el **Leander**, fuerte de dieciseis cañones, el **Lily** con veinticuatro, que sería el buque insignia, el **Express** que tenía doce, el **Attentive**, con catorce, el **Provost**, con diez, las cañoneras **Bull Dog**, **Dispath** y **Mastiff**, con “dos o tres cañones” cada una, y el **Trimmer** y el **Comodoro Barry**, que eran barcos mercantes desarmados.<sup>6</sup>

El estallido de la guerra entre España e Inglaterra en 1796, había apresurado las modestas obras de fortificación del Puerto Real de La Vela,<sup>7</sup> erigiéndose por entonces el fuerte de **San Pedro**, respaldado por otro, también pequeño, nombrado **Reina Luisa** por la esposa de Carlos IV. A comienzos de 1800 estaba concluido el primero de ellos y se remataban las obras del segundo. Poco después el teniente coronel Andrés Boggiero, comandante de Coro, presentaba a la Corona (de hecho, se lo dedica a la pareja real), un ambicioso **Plan de Defensa**,<sup>8</sup> preparado para atender cualquier contingencia, inclusive invasiones de “Ynsurgentes”. Debemos señalar empero, que del citado plan poco o nada se hizo ulteriormente, quedando las raquíticas defensas en el estado al que llegaron en enero de 1800. En buena medida, la toma inmediata

---

5 Josefina Rodríguez de Alonzo, **Miranda y su circunstancia**, ANH, 1982, p. 113. El subrayado es nuestro.

6 Biggs, *Op.cit.*, p. 93.

7 C. González Batista, **La fundación de La Vela y el proceso de fortificación de la costanoriana**, CIHPMA-UNEFM, Coro, 1995, pp. 16 y ss.

8 **Servicio Histórico Militar de Madrid**, N° 6092, 1800.

de Coro y su Puerto en agosto de 1806, fue el resultado de no haberse desarrollado aquel plan. De hecho, las fortificaciones de La Vela se reducían a las comentadas y a la artillería que guarnecía el puerto frente a la Aduana. Tal como hemos señalado en otro lugar, es más que probable que en 1806 el fortín de la Reina Luisa, aún no estuviese artillado, puesto que los documentos apenas refieren la resistencia ofrecida por el fuerte de San Pedro.<sup>9</sup>

### La toma del Puerto

La proximidad de la Expedición fue notificada en Coro, según reporta su comandante político-militar D. José Manuel de Salas, el 1 de agosto a las 11:45 de la noche. El sistema de señales nocturnas previsto años atrás por el comandante Boggiero demostró su efectividad en esta ocasión. Salas envió, con la urgencia del caso un mensaje a Paraguaná, San Luis y Casicure, es decir a tres de los partidos dependientes de Coro situados al norte, sur y oeste, pero también pidiendo socorros a las jurisdicciones foráneas de Carora, Barquisimeto y El Tocuyo.<sup>10</sup> Debemos tener presente la situación de la ciudad, la cual determina un auténtico cruce direccional favoreciendo la confluencia de fuerzas regionales hacia el centro urbano, posición bien diferente a la de una ciudad portuaria o aislada entre montañas, y que tornaba mucho más complicada su defensa para quien pudiera conquistarla. Tal precariedad se veía agravada por la carencia total de fortificaciones y murallas. De hecho, y así lo entendieron las autoridades españolas, la ausencia de obras militares en Coro, constituía tanto una debilidad como una ventaja.

El 2 de agosto de 1806 amaneció la Expedición en la ensenada de La Vela amenazando, como describe un testigo, tanto al puerto como al fondeadero de Las Crucecitas, situado a sotavento de aquél, hacia el Istmo.<sup>11</sup> En realidad, por un error del piloto fueron a dar a las Crucecitas, y de allí una parte de la flota pudo derivar hacia el fondeadero del puerto, frente a la fortificación de San Pedro, que era el propósito inicial. Sin embargo las autoridades corianas supusieron erradamente que la separación de las fuerzas navales obedecía a una maniobra de distracción programada por Miranda.

Aquel error inicial generó un retraso considerable en el ataque, lo que facilitó la evacuación total del vecindario de La Vela, lo mismo que haría el de

---

9 Vid *La fundación...*, p. 24.

10 Vid. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° 37, Caracas, 1927, p. 59.

11 En el *Plan de Defensa* de Boggiero se habla del "arrecife de la Crucecita". Vid. *La fundación...*, p. 20.

Coro, pero a la vez determinó un hecho positivo a los propósitos mirandinos, pues ante el desconcierto generado por la operación, las tropas locales en vez de ofrecer un frente común, se dividieron, debilitándose aún más la resistencia que podrían oponer ante el desembarco. Las tropas de Salas se retiraron al Paso del Río, lugar intermedio entre el Puerto y la Ciudad. La noche de aquel día hubo cañoneo de hora en hora por parte de la flota contestado de forma aún más intermitente por el fuerte. Finalmente, al amanecer del día 3 las tropas de Miranda desembarcaron tomando al asalto el fuerte y la aduana. La invasión se llevó a cabo con todo éxito y según un riguroso plan. El coronel conde de Rouvray, quien se había unido a la expedición en Trinidad, comandante de la Primera División, sería el encargado de la operación. Desembarcó con sus hombres al norte del fuerte, en la playa de Santiaguillo, alcanzando su objetivo con rapidez. De inmediato desembarcó la Segunda División bajo el mando del teniente coronel Kirkland, que incluía un regimiento de Voluntarios Norteamericanos, en total unos 264 hombres. Las fuerzas locales eran al momento de la invasión inferiores y peor armadas, pues solo contaban con 80 fusileros, 234 lanceros que poca oposición podían ofrecer a las armas de fuego contrarias, y 80 indios procedentes de Mitare, armados de arcos y flechas que se le unieron a Salas en la madrugada del día 3, pocas horas antes del desembarco, muy corta era así mismo la guarnición de la Vela. En total, las fuerzas de Miranda estarían compuestas, de creerle a Biggs por un total de 296 hombres.

Mientras las tropas de la Primera y Segunda División procedían al desembarco fuego graneado de artillería desde los barcos cubría la operación. Tomado el fuerte sus cañones fueron dirigidos sobre el poblado. Poco después se apoderaban de la batería dispuesta frente a la aduana.<sup>12</sup> A las 11:30 de la mañana desembarcaba en La Vela el propio Miranda. La operación fue ejecutada como hemos visto, con facilidad, la guarnición del fuerte que defendía del desembarco pero a la vez un pueblo vacío, huyó por donde pudo sin haber derramado una sola gota de sangre.<sup>13</sup> El fuerte era tan pequeño (12,60 metros de lado) que sólo admitía una reducida guarnición. En realidad no puede hablarse de efusiones heroicas de parte de nadie en aquella rápida operación, que permitió enarbolar por vez primera en tierra venezolana el pabellón **colombiano**: "Así, al tercer día de agosto el sol naciente atestiguó el ondear de los colores de Colombia en el asta que la real bandera española había ocupado tan largo tiempo".<sup>14</sup> Nada puede disminuir la enorme significación de aquel hecho.

---

12 Cabe la posibilidad que esta aduana coincida con el cuartel descrito por Boggiero, o que existiese para entonces un edificio con ese doble propósito.

13 Véase la acre observación hecha desde Curazao por D. Joaquín Morián en carta del 10 de agosto. Puede consultarse en el **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, N° 37, 1927, p. 61.

14 Biggs, *Op.cit.*, p. 101.

### La toma de Coro

Mientras tanto las fuerzas coriano-españolas que recogieron las fugitivas de La Vela, se retiraron al cerro de Buena Vista situado al sur de la ciudad, dominando todo el panorama urbano. Los espías de Salas le informaron erradamente que al día siguiente, 4 de agosto, marcharían los expedicionarios sobre Coro. No fue así la movilización hacia la ciudad se inició entre las 9 y las 10 de la noche del mismo día 3, llevando inclusive artillería para lo cual utilizaron las cureñas que habían encontrado en La Vela. Salas actuó con escasa celeridad, pues cuando dispuso la partida del subteniente Francisco Carabaño con 80 fusileros (los únicos que había), 3 compañías de lanceros, 12 montados, y una columna de 300 hombres a tomar el camino real de La Vela desde el de Las Huertas ya era demasiado tarde: las tropas de Miranda se encontraban en los arrabales de Coro.

Mucho se ha hablado del abandono de la ciudad por sus habitantes, pero este acontecimiento, puesto en perspectiva histórica no puede verse como un hecho inusitado o excepcional. Una ciudad inerme de escasa guarnición militar debía ajustar una estrategia de defensa muy diferente a la de las ciudades populosas y amuralladas del Caribe. Ese procedimiento que incluía el abandono de la urbe ante el peligro fue para Coro una constante a lo largo de la época española e incluía la ligera resistencia en el Puerto, acoso y escaramuzas (lucha de guerrillas) en el trayecto del cuerpo invasor hacia la ciudad, abandono de ésta, consolidación de la resistencia en la periferia, y finalmente nuevas escaramuzas y lucha de guerrillas con al auxilio de los indios de Real Corona, en la retirada del invasor hacia la costa. Así había ocurrido por ejemplo en 1595 cuando invaden los ingleses de Preston, o en 1659 cuando lo hacen otra vez los ingleses al mando de Christopher Mings.<sup>15</sup> No quepa la menor duda de que en las alarmas por el anuncio de invasiones que nunca tuvieron efecto, o en aquellos desembarcos de menor importancia como el realizado por los ingleses en Paraguaná en 1739,<sup>16</sup> la ciudad siempre se aprestó a ejecutar un programa similar. Entonces, como en 1806 se fijaba un punto intermedio de defensa: el río Coro, allí se abrían trincheras fortificadas que una vez rebasadas abrían un camino expedito a la ciudad, de hecho solo servía para ganar tiempo en la evacuación siempre morosa, de una ciudad entera, de hecho la salida de mujeres, niños y ancianos ocurría desde el momento mismo en que se recibían la noticia de una invasión inminente, en paralelo con la organización de las defensas. Por ello, podría afirmarse, que visto desde la experiencia urbana, el

---

15 La narración de los hechos de 1595 puede verse en Pedro Manuel Arcaya, *Historia del Estado Falcón*, Caracas, 1977, pp. 196-197.

16 En nuestra *Historia de Paraguaná* (Mérida, 1984, pp. 117-118), referíamos este hecho hasta entonces desconocido.

inicio, desarrollo y desenlace de la expedición mirandina no resulta excepcional, sino antes bien, encontramos el cumplimiento de un ciclo bélico tal como los que episódicamente venían ocurriendo desde el siglo XVI y que tanto castigaron la ciudad, con la diferencia de que éste, el mirandino, afectó la ciudad en mucha menor proporción.

La confusión de aquellos momentos en la ciudad, quedan reflejados en una carta incompleta dirigida al obispo Hernández Milanés que pudimos localizar hace casi veinte años en el Archivo Arquidiocesano de Mérida, por las referencias familiares no cabe duda sobre la identidad del remitente: El Pbro. doctor Mariano de Talavera y Garcés, secretario de aquel prelado, quien le escribe desde Coro el 22 de agosto de 1806, a escasos días de haber partido la expedición mirandina, pero antes de transcribir algunos párrafos debemos recordar que al llegar Miranda el obispo se encontraba de visita pastoral en la jurisdicción de Coro de la que tuvo que huir a marchas forzadas, hacia Barquisimeto y Trujillo. Dice así:

“Mi venerado señor: anoche, antes de las nueve entramos a Coro después de haber andado en el día 15 leguas y haber sufrido un grande aguacero en el camino. Desde las orillas del Río del Tocuyo escribí a Vuestra Señoría Ilustrísima el 17, diciéndole que habíamos salido el 15 de Barquisimeto. Las noticias que sucesivamente iba adquiriendo eran tan variables que no merecían escribirse, y esperaba llegar aquí para certificarme de todo, y por no repetir remito el diario formado por Emasábel [...] no hice [¿carta?] inmediatamente a Vuestra Señoría Ilustrísima avisándole que todo estaba salvo porque el cura Pérez me informó haberlo hecho [...]. Todo pues lo de Su Señoría Ilustrísima y mío, y demás familiares, se ha salvado, pero debemos agradecerlo a la carta que yo escribí el sábado en la noche 2 de agosto desde Cumarebo en que le digo al Vicario diga a mi Padre saque todo lo de S.S.I y mío. En todo el Sábado nada habían sacado y el Domingo por la mañanita cuando llegó mi carta al Vicario, éste se la envió a mi padre y éste fue a Palacio saco mis trastos y papeles y lo que le Entregó el Padre Pérez de V.S.I. y con los criados (porque no había hombres) lo trajo a casa para acomodarlo. El baúl del pontifical no había disposición para conducirlo de atravesio, el vicario le dixo a mi padre lo descerrajase y le dio en el pestillo hasta que saltó y pudo acomodar los ornamentos en baúles pequeños [...]. El comandante nombró a mi padre para que sacase todo lo de los particulares y así lo cargaron, y mandó para la serranía 21 cargas con sus trastos, los de [S.]S.I

Y, lo de los Frayles, y de varios particulares...”<sup>17</sup>

---

17 AAM, Gobierno Eclesiástico, Cartas, 5ta. Caja, Coro, 1806.

Sobre este documento volveremos más adelante, pero podemos colegir que el futuro obispo de Tricala acompañó en su huída al obispo hasta Barquisimeto, y de allí regresó al territorio coriano llegando a la ciudad el 21 de agosto desde donde refiere los acontecimientos; hace mención del vicario D. Pedro Pérez de Guzmán, del comandante Salas, y de su padre, D. Andrés de Talavera. Que intereses tan importantes como los descritos en la carta no se hubiesen sacado de Coro hasta el domingo 3 de agosto, revela la imprevisión de aquella evacuación forzosa.

Otro testigo de excepción, Biggs, describe la silenciosa marcha nocturna hacia Coro (“fue conducida con mucho orden y silencio, de modo que el paso de la tropa casi no se oía”), y la entrada en la ciudad: “La mañana estaba inusualmente serena y plácida. El más solemne, casi terrible silencio, llenaba el lugar”.<sup>18</sup> Las tropas españolas, allí, en las alturas de Buena Vista oyeron una lejana descarga de fusilería en la ciudad, interpretada como “un saludo cuando llegaron a ocupar la plaza principal”,<sup>19</sup> amanecía el 4 de agosto. En realidad éste fue uno de los más confusos incidentes de aquellos días. Interpretando las parcas líneas del citado testimonio parece ser que Miranda, a la cabeza de la Primera División llegó a la plaza Mayor en dirección norte-sur, por la actual calle Federación, tomando el cabildo y el presidio, en tanto que en dirección contraria, por la actual calle Ampíes, abordaría la plaza la Segunda División que formaría frente a la iglesia matriz. Fue entonces cuando se produjo el confuso acontecimiento, cuyo origen nunca se aclaró del todo. Biggs habla de un estudiado silencio de parte de Miranda y sus oficiales sobre aquel hecho, lo cierto es que la Primera División, y según parece por orden del mismo Miranda, disparó una salva, un “feu de joie”,<sup>20</sup> para celebrar la fácil conquista, lo que generó, en la oscuridad, la inmediata réplica de la marinería, y la infantería de Trinidad, acantonada junto al cabildo, al suponerse un inesperado ataque de los corianos, con el consiguiente desbarajuste. El acontecimiento generó un muerto y seis heridos, entre los que se encontraba el secretario privado de Miranda.

Sobre la casa que sirvió de residencia al **Precursor** en su corta estadía coriana pudimos determinar desde hace algunos años que no fue la llamada casa **del Sol** en la calle Federación como se venía diciendo sino la que se encontraba inmediata al Cabildo, en la esquina noreste de la plaza, inmueble que en 1806 estaba ocupado por D. Antonio Navarrete, emigrado dominicano que fungía a la sazón de mayordomo de la iglesia parroquial. Esta casa era de dos plantas y

---

18 Biggs, *Op.cit.*, p. 102.

19 *Ibidem.*

20 *Ibid*, p. 104. En francés en el original.

poseía un gran balcón volado que recorría todo su cuerpo alto, como era tradicional en la arquitectura coriana. Lo cual le permitía a Miranda tener a las tropas acantonadas bajo su control visual. Esta casa, que era una de las más antiguas de Coro, desapareció en el siglo XIX, en su lugar quedó un solar donde con el tiempo se erigiría, ya en pleno siglo XX la Curia Diocesana.<sup>21</sup> Sobre el emplazamiento de la artillería, sabemos que uno de los cañones fue colocado al pie de la torre de la iglesia mayor, mirando hacia el sur, por la actual calle Ampíes, hacia el barrio de Guinea, otro fue colocado en el cruce de las actuales calles Federación y Palmasola, esto es, en la esquina del actual Ateneo, edificio que ocupa el lugar del antiguo Cabildo; el tercer cañón se dispuso en el cruce de las calles Hernández y Zamora. Con ello y dado el carácter abierto de la ciudad, Miranda procuraba hacerse fuerte en el corazón mismo de la urbe, aprovechando la irregularidad de su antiguo trazado.

En las afueras de Coro se iba organizando la resistencia, paulatinamente las fuerzas locales se vieron engrosadas con el intermitente arribo de milicias indígenas, y las conformadas por los vecinos en los diferentes puntos de jurisdicción, aunque muchos de ellos desarmados o poco menos. D. Manuel de Carrerá y Colina, para entonces teniente de milicias urbanas fue enviado a Occidente, hacia el partido de Casicure y Maracaibo, logrando que el gobernador de esta última ciudad remitiese 200 hombres al mando del teniente coronel Ramón Correa. Mientras tanto el comandante Salas estableció su campamento en Río Seco, este afluente del río Coro, cercano a Caujarao, no debe confundirse con la localidad del mismo nombre situada mucho más lejos, en la antigua vía hacia Casicure. Para el 6 de agosto a las tropas originales de Salas se habían unido 600 indios caquetíos, y 800 vecinos “sin otras armas que las que saqué de Coro, y algunas escopetas y lanzas de los paisanos...”.<sup>22</sup> La situación de Salas si bien había mejorado, distaba mucho de ser halagüeña, y en carta al capitán general Guevara Vasconcelos de la misma fecha la detalla:

“Del comandante de Casicure no he sabido: el de Paraguaná me escribe lo que V.S. verá en la adjunta, y yo estoy desesperado con tanta morosidad y con no poder hacer volver estas gentes armadas de flecha y lanza del terror que han adquirido en las descargar de fusilería [...] y a la metralla del Cañón. Estoy también casi rendido de fatiga por el trabajo que me da tanta gente sin oficiales ni sargentos, la provisión de víveres en un Pays escaso, el cortarlos a los enemi-

---

21 Referimos estos hechos en el trabajo “Coro a la llegada de Miranda”, en *Boletín del Centro de Historia del Estado Falcón*, N° 26, Coro, 1981, pp.37-38.

22 Vid. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° 37, Caracas, 1927, p. 60.

gos y todo cuanto pueda imaginarse que está sobre mí [...] temo que dentro de poco se me quede desnuda la gente, y empiesen a enfermar porque estamos al raso y el sol ahora en su mayor fuerza...”<sup>23</sup>

Bajo las condiciones descritas y en plena canícula coriana no parecía conveniente plantear un encuentro frontal con las tropas del **Precursor**. Librar batalla campal era lo que éste último deseaba, al menos así lo declara en su Proclama del día 7 fijada en las puertas de la iglesia de San Clemente: “...no era en las ciudades sino en el campo que deseábamos combatir los opresores [...] del pueblo Colombiano”.<sup>24</sup>

Al tomar La Vela, Miranda envió una carta al Cabildo de Coro para pactar los términos de la capitulación,<sup>25</sup> carta que no fue ni siquiera abierta, y que Miranda fijará al retirarse, junto con sus proclamas del 3 y 7 de agosto en los sitios públicos de la ciudad y entre ellos en la puerta mayor de San Clemente.<sup>26</sup> Como es sabido, muy pocos vecinos permanecieron en la ciudad, y entre ellos el vicario D. Pedro Pérez de Guzmán quien dejaría una imborrable impresión por su abnegación y caridad cristiana entre los expedicionarios:

“Antes de salir del Continente [dice Biggs] debo, por gratitud, hacer mención de la afectuosa bondad de un sacerdote católico-romano en Coro, para con nuestros enfermos y heridos. Demostró la más amable solicitud, tanto para la comodidad y mejoramiento de sus cuerpos como para la futura salud de sus almas. Para con el Coronel Kirkland, por cuya vida tuve serios temores, el sacerdote ejerció toda la benevolencia de un cristiano y la ternura de un padre [...]. El es tenido en el recuerdo con la mayor gratitud por el distinguido oficial. Cuando nosotros consideramos que este buen católico pudo mirarnos como enemigos de su religión, su Rey y su país, y probablemente de la humanidad, su benevolencia emociona mis sentimientos con fuerza peculiar y contribuye a que lamentemos no haber podido hacer otra cosa sino sentir el terror y la desgracia que ocasionamos”.<sup>27</sup>

---

23 *Ibidem*, pp. 60-61.

24 *Ibid*, p. 58.

25 Puede leerse en el citado **Boletín de la ANH**, N° 37, 1927, p. 58. El comandante de Coro alude a este hecho en su **Diario puntual y exacto de la invasión del Puerto Real de La Vela de Coro, y ciudad de Coro...**, que con una curiosa nota a modo de censura previa fue publicado en el **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, N° 151, Caracas, 1955, p. 380.

26 *Ibidem*.

27 Biggs, *Op.cit*, pp. 124-125.

### Miranda se retira de Coro

Miranda, como militar de larga experiencia, conocía que la espera en Coro podría llegar ser fatal empeorando su situación, por ello decidió retirarse y reembarcar sus tropas. Ha habido mucha vacilación en las fuentes a la hora de precisar esta evacuación. En el *Diario* de Salas se dice: “Día 8.- A las ocho de la mañana recibí avisos del cura don Pedro Pérez y del Administrador de Correos don Nicolás Yanes, y de don Miguel Alvarez, de que los enemigos habían abandonado la ciudad la noche anterior como a las diez de ella...”.<sup>28</sup> Pero en Carta que el mismo Salas remite al capitán general Guevara Vasconcelos, fechada el 12 de agosto, informa que el “día 9 a la una de la tarde entró en Coro el Comandante de Casicure con la 1a. división de sus tropas, pasó apresuradamente y yo que ya me hallaba dispuesto para marchar a los enemigos con las primeras tropas que me reforzaran salí de Río Seco a las 3 de la mañana con dirección a la ciudad”, y agrega que los invasores habían comenzado la evacuación a las 9 de la noche anterior, esto es, la del día 8 de agosto.<sup>29</sup> Por su parte Biggs, anota que en “la noche del día 9 comenzamos nuestra marcha, siendo informados de que íbamos a atacar a Buena Vista, y en la mañana nos encontramos de nuevo en La Vela de Coro”.<sup>30</sup> Pero no cabe duda que la salida se produjo el mismo día 7 en la noche. Antes de partir Miranda mandó fijar la siguiente proclama a título de despedida, que transcribimos parcialmente:

“Deseoso aun de dar pruebas de moderación y afecto hacia mis compatriotas y paisanos, hemos resuelto retirar de la ciudad de Coro el corto número de tropas que habíamos hecho venir a ella; a fin de que desvanecidos los vanos temores con que el fugitivo Comandante de su distrito y otros agentes del Gobierno Español han procurado alucinar las gentes incautas y particularmente las mugeres y niños, puedan éstos restituirse tranquilamente a sus domicilios sin temor ni sospecha alguna. Y en consecuencia, transferimos nuestro Cuartel General a las inmediaciones del mar de donde podemos igualmente darles quantos auxilios fueren necesarios sin el menor inconveniente [...]. Cuartel General de Coro a 7 de agosto de 1806”.<sup>31</sup>

28 “Diario puntual...”, en *Boletín de la ANH*, N° 151, Caracas, 1955, p. 376.

29 En *Boletín de la ANH*, N° 37, Caracas, 1927, p. 62.

30 Biggs, *Op.cit.*, p. 106.

31 En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N° 37, p. 57. No cabe duda que a Miranda le obsesionaba la idea de que las autoridades españolas hubiesen puesto precio a su cabeza, lo dice en esta proclama, lo recuerda en la de Aruba, y al interrogar a un prisionero en La Vela, lo acusó diciéndole: “Usted ha ofrecido entregar la cabeza de Miranda” (Vid. C. González Batista, *Documentos para la Historia de las Antillas Neerlandesas*, CIHPMA-UNEFM, 1997, p. 148.

Miranda tendría presente el refuerzo continuo de las tropas de Salas. Coro, ciudad abierta, sin puntos significativos para organizar la defensa o resistir un asedio, de no ser algunos edificios de alto y un par de torres eclesiales, se podía prestar a convertirse en una verdadera trampa, y en este punto debe juzgarse el hecho de la dualidad urbana, la ciudad desdoblada en su puerto, que obligó a dividir las tropas. Si las milicias corianas se apoderaban del puerto y asediaban la posición de Miranda en la ciudad, es posible que sus tropas hubieran sido aniquiladas. Ciertamente, Miranda no podía permanecer más tiempo en la ciudad. Enterado Salas del abandono dispuso enseguida una avanzada de las tropas al mando de D. José de la Vega para ocupar la ciudad. Llama la atención a cada paso la excesiva lentitud y timorato recelo de Salas, quién sólo movió su campamento a las 3 de la madrugada del día 10, cuando ya hasta las tropas de Casicure habían entrado en Coro. Salas pasó aquel día de Río Seco a Buena Vista y de allí a establecer nuevamente el campamento en las afueras del barrio de San Gabriel, al este de la ciudad. Seguidamente las tropas españolas se dividieron en tres secciones. La división de la derecha que ocuparía las alturas que dominaban La Vela, El Carrizal y Guaibacoa, y extendía su presencia en la llanada del río Coro hasta el paso de los Caldera (hoy de "las Calderas"); la comandaba D. Basilio López, quien había sido guardamayor del puerto de La Vela; contaba con 500 hombres. La división del centro contaba con 450 aunque sería reforzada con otros 450 hombres, y estaba comandada por Salas, su acción se extendía desde el Paso de los Caldera hasta el Paso del Río. La tercera división, dispuesta a la izquierda estaba comandada por el capitán D. José de la Vega, comandante del Puerto, y contaba con 600 efectivos. En la ciudad quedaron de guarnición 250 hombres de las tropas procedentes de Casicure. En aquellos sucesos Salas estimaba haber dado muerte a unos 14 expedicionarios, también hicieron 5 prisioneros. El Puerto de La Vela quedó rodeado por las fuerzas españolas la misma tarde del 10, al siguiente día ya se embarcaban las tropas, y el 13 a la 1 de la tarde se daba a la vela la Expedición con rumbo a la isla de Aruba. La acción sobre Coro había terminado.

Durante los días de ocupación la ciudad, a pesar de los deseos de Miranda, no salió del todo indemne, Biggs señala su satisfacción por el hecho de que la ciudad no se hubiese saqueado, agregando que "la propiedad de los habitantes de La Vela de Coro y de la ciudad fue respetada, en medio de todas nuestras necesidades; excepto en algunos casos de incapacidad individual, que siempre se encuentran en un conjunto de hombres bajo las armas, o cuando hubo necesidad de atender nuestra subsistencia".<sup>32</sup> De modo que algunos excesos hubo, y fueron, si se quiere, inevitables, lo que no puede sostenerse históricamente, es que tales excesos no se hayan producido. Así Salas informa a

---

32 Biggs, *Op.cit.*, p. 122

Guevara Vasconcelos que el enemigo había abandonado la ciudad “después de saqueadas la mayor parte de las casas de los vecinos”,<sup>33</sup> y en otra comunicación fechada en La Vela el 13 de agosto dice que en el puerto encontraron “destrozadas todas las casas, no sólo las de la pequeña población, sino las de los campos inmediatos”.<sup>34</sup> Al respecto es interesante compulsar la opinión de Mariano de Talavera y Garcés, la cual se verá en el anexo documental de este trabajo.

Pareciera que la célebre Proclama fechada en el “Cuartel General de Coro” el 3 de agosto de 1806 (en realidad se encontraba en el puerto de la ciudad, el de La Vela), había sido preparada meses atrás, para el frustrado desembarco de Ocumare, pues en su encabezado dice que: “Obedeciendo a vuestro llamamiento[...] somos desembarcados **en esta Provincia de Caracas...**”. La Comandancia y territorio de Coro dependía ciertamente de Caracas, pero no formaba parte de la provincia de ese nombre, como por el contrario si lo era Ocumare. Característico de aquel documento es su absoluta condena a España, y en esa tarea de condenar lo que se era para ser sin aquéllo, nada resalta tanto como bautizar la nueva patria con un término que quiérase o no, era un flagrante homenaje al Descubrimiento, esto es, a uno de los episodios medulares del ser histórico español. La Proclama se fijó en los lugares públicos de Coro junto con la famosa carta del jesuita Viscardo, como materiales doctrinarios orientados a la eclosión de la nueva patria. Frente a lo inusitado de estos hechos contrastaba el clima marcadamente tradicionalista de Coro. De gran interés habría sido para nosotros conocer las palabras, perdidas para siempre, del Pbro. D. Mariano de Talavera y Garcés, quien se dirigió a sus coterráneos, razonando con su elegante contundencia verbal, las razones de la posición española, en sermón pronunciado el 24 de agosto de 1806, desde el púlpito de la Parroquial, afianzando una fidelidad que él mismo abandonaría pocos años más tarde, pero no así el grueso de sus paisanos.

---

33 En *Boletín de la ANH*, N° 37, Caracas, 1927, p. 62.

34 *Ibidem*, p. 64.

## ANEXO DOCUMENTAL

*Carta del Pbro. Dr. Mariano de Talavera y Garcés al Obispo de Mérida.  
Coro, 1806.*

“Ilustrísimo Señor / Coro 22 de agosto/ Mi venerado señor: anoche antes de las nueve entramos a Coro después de haber andado en el día 15 leguas y haber sufrido un grande aguacero en el camino. Desde las orillas del Río del Tocuyo escribí a Vuestra Señoría Ilustrísima el 17 diciéndole que habíamos salido el 15 de Barquisimeto. Las noticias que sucesivamente iba adquiriendo eran tan variables que no merecían escribirse, y esperaba llegar aquí para certificarme de todo, y por no repetir remito el diario formado por Emasábel que con carta para mí salía para Barquisimeto cuando yo llegué; no hice [¿carta?] inmediatamente a Vuestra Señoría Ilustrísima avisándole que todo estaba salvo porque el cura Pérez<sup>1</sup> me informó haberlo hecho y resolví escribir por el correo ordinario que sale el 26 para Maracaibo. Todo pues lo de Su Señoría Ilustrísima y mío, y demás familiares, se ha salvado, pero debemos agradecerlo a la carta que yo escribí el sábado en la noche 2 de agosto desde Cumarebo en que le digo al Vicario diga a mi padre<sup>2</sup> saque todo lo de S.S.I y mío. En todo el Sábado nada habían sacado y el Domingo por la mañanita cuando llegó mi carta al Vicario, éste se la envió a mi padre y éste fue a Palacio<sup>3</sup> sacó mis trastos y papeles y lo que le Entregó el Padre Pérez de V.S.I. y con los criados (porque no había hombres) lo trajo a casa para acomodarlo. El baúl del pontifical no había disposición para conducirlo de atraveso, el vicario le dixo a mi padre lo descerrajase y le dio en el pestillo hasta que saltó y pudo acomodar los ornamentos en baúles pequeños sin que el baúl del pontifical sufriere daño mayor, pues con corta composición de la cerradura está corriente. El Comandante<sup>4</sup> nombró a mi padre para que sacase todo lo de los particulares y así lo cargaron, y mandó para la serranía 21 cargas con sus trastos, los de [S].S.Y., lo de los

---

1 Se refiere al vicario de Coro D. Pedro Pérez de Guzmán.

2 D. Andrés de Talavera y Pérez de Medina.

3 A nuestro juicio se trataba de la casa de algún clérigo local acondicionada para hospedar al Obispo de Mérida, y como tal, temporalmente su **palacio**. Conjeturamos que pudo haber sido la del sacerdote D. José Fernández de Lugo, en una de las esquinas de la Plaza Mayor.

4 D. Juan de Salas.

5 Se refiere a los del Convento franciscano, único que existía en Coro.

6 Parece referirse a D. Antonio Navarrete, mayordomo de la Santa Iglesia Parroquial.

7 No Sabemos quién podría ser este fraile; el **guardián** del convento coriano era para entonces fray Francisco de la Guerra.

Frayles,<sup>5</sup> y de varios particulares. Los baúles de D. Antonio<sup>6</sup> y algo de Fray Manuel<sup>7</sup> quedaron en casa del Padre Pérez. Mi casa la saquearon; el primer día fue Miranda en persona a la casa y no hizo nada, pero el 2º día fueron los oficiales, descerrajaron un escaparate [y] se llevaron unos 60 pesos sueltos que no había podido sacar mi padre, se llevaron dos aperos de terciopelo, un cajón de burdeos, un garrafón de vino dulce, otro de aguardiente, como un tercio de azúcar, dos hamacas, dos sillas de montar, y otras cosas. En casa del Vicario hicieron otros robos, de un cajón de velas de cera, papel, tinta, harina, dulce, etc. A Iturbe le bebieron más de 400 botellas de vino y acabaron con cuanto había en la despensa; lo mismo hicieron en otras casas particulares. A mi hermana<sup>8</sup> la mujer de D. Basilio no le dexaron en la casa de La Vela cosa de fundamento pues hasta los faroles se los llevaron a Bordo, y lo mismo le sucedió a mi tío<sup>9</sup> en su casa de La Vela. Los sucesos particulares son para contarlos verbalmente. Aquí regó muchas de aquellas proclamas y cartillas y a su salida dexó esa proclama que incluyo, que es la misma que fixó en la puerta de la Iglesia en que inserta el oficio que pasó desde La Vela al Cabildo y que no lo recibieron. Me están dando tentaciones de hacer un manifiesto para enviarlo a que se inserte en las gacetas de Puerto Rico y Filadelfia para que vea el mundo los robos indignos con que da principio a su nuevo sistema de gobierno un hombre que se apellida bienhechor de los pueblos, y lo haré si el Comandante lo tiene a bien. Las proclamas no harán aquí daño alguno, pues no las han leído ni quieren. El Domingo 24 pensamos hacer misa de acción de gracias. Yo predicaré algo, lo que pudiere, y leeré la Pastoral de V.S.I. que siempre me parece bien que la oiga el Pueblo. Antes de ayer se hizo correo a Santa Fee porque de las declaraciones a los apresados parece que resulta haber algunas complicidades. Al Vicario le han trastornado de tal suerte sus papeles que dice que en 6 meses no los ordena. Los míos no sé cómo estarán porque hasta hoy no ha bajado mi padre de la hacienda ni han venido mis baules. Mi tío se fue esta tarde a la Vela, a ver los destrosos de su casa...”

AAM, Gobierno Eclesiástico, Cartas, 5ª Caja, 1806.

---

8 D<sup>a</sup> María de las Mercedes de Talavera, hermana de D. Mariano estaba casada con D. Basilio López de Puga, quien fuera guardamayor del Puerto de La Vela.

9 Se refiere al Pbro. Dr. D. Nicolás de Talavera, antiguo profesor de la Universidad caraqueña quien en efecto vivía en La Vela, y fue uno de los fundadores de aquella población.